

Pa7297

.C3

A6



FONDO LITERATURA

160973

MICROS

SENSACIONES INTIMAS.

LA noticia no me sorprendió; me alcanzó. Yo huía de ella en un *rápido nocturno* que devoraba tierra.

Sentado junto a la ventanilla del tren miraba paisajes borrados a corta distancia por una bruma azul tramada de repentinas y fulgurantes redes blancas. La luna poetizaba con el misterio en el fondo del horizonte.

El tren rodaba, rompiendo el silencio de la noche, con su ruido, rítmico e hipnotizador, de fierro viejo. La angustiada sofocación de la máquina me iba produciendo una dolorosa turbación. Porque, dentro de mí, los fantasmas de la luna, el rumor acompasado del rodaje y el estertor de la caldera, mezclábanse hasta fundirse en una sensación de horror y de miedo, semejantes a la del niño que oye, en las veladas de la abuela, un cuento de aparecidos. Ni mis ideas ni mis impresiones eran definidas y claras; pero, sin embargo, me daba cuenta de que una vaga obsesión me punzaba, cruelmente, el cerebro. Era como una espina que llevase clavada en la cabeza.—Se morirá, se morirá, se morirá—repetía, como una fúnebre muletilla, mi voz interior.

Cerca de mí, en la estrecha banca del *wagón*, mi amigo Rafael, callaba como yo, hundido en un sopor nervioso y disgustante. Y en su ensimismamiento, en su mirada, en

la inquietud febril con que sus manos llevaban a la boca el cigarrillo, pude sorprender la semejanza entre su malestar y el mío. Ibamos atados, con hilos de penosa meditación, a un mismo pensamiento. El forzado callar nuestro, era un subterfugio del dolor para no difundirse y agrandarse en confidencias excitantes. Un tácito deseo de huir de la idea fatal nos ponía una mordaza de prudencia. El carro en que íbamos, estaba solo y obscuro: tenía la forma de un largo ataúd; crujía medrosamente. Las dos lámparas de petróleo que lo alumbraban, con luz amarilla y débil, humeaban, empotradas en el techo corvo y bajo, como una tapa de féretro.

¡Huir! ¿Para qué? Desde hace muchos días me siento enfermo y tristón. Mi neurastenia, exacerbada hasta el período agudo, me impide continuar la ruda tarea emprendida desde tantos años atrás. La anemia principia a inutilizarme. Me siento cansado y pesimista. Mis amigos lo comprenden y Rafael me arranca unas horas, unas cien horas, al trabajo cotidiano. Y, temeroso, como yo, del choque, del golpe que tememos y esperamos, me invita a ocultarnos, mientras pasa la racha, en un rincón de verdadera tropical. Acepto, y nos fugamos. No es egoísmo el nuestro, ni tampoco miedo. Es más bien pudor sentimental: deseo de sufrir en paz, olvidados de las gentes, y de hallar en la serenidad de la naturaleza, un poco de fuerza, un poco de consuelo y otro poco de fe, para proseguir el camino en el corto trecho que nos separa del secreto del *más allá*. En la estrategia de la vida, no es ésta la fuga de una derrota; es una breve y falsa retirada para engañar al enemigo. Un momento de reposo, y volveremos a la carga.

Por de pronto, el enemigo, sospechando nuestros planes, nos dió alcance. El enemigo era un telegrama, lacónico y elocuentísimo. Cuando lo recibí no tuve necesidad de leerlo: lo adiviné: ACABA DE MORIR MICROS. ¡Claro! Eso decía.

Nos separamos de él días después de que él se había separado de nosotros y de todo. La fiebre *del tifo* lo alejó de la realidad muy pronto: el delirio lo hizo violentamente suyo.

Recibí el telegrama al bajar del tren, en la estación; lo leí con los ojos de la doble *vista* que nos da el presentimiento en los trances supremos, y me lo guardé en el bolsillo. No quise avisar a mi amigo. Adrede y furtivamente lo escamoteé con la habilidad de un prestidigitador.

En vano, la curiosidad de Rafael fué también adivinadora. Nada me dijo; pero yo sentí que él como yo, sin abrirlo, había leído el mensaje.

En la desnuda y dismantelada estancia que me sirve de recámara, sigo, con la fantasía, las peripecias de mi punzadora obsesión. Tendido estoy en el camastro rústico, tengo clavados los ojos del cuerpo en la tiniebla y los del alma en el recuerdo. Hace un instante cerré el libro que no logré leer, a pesar de mis esfuerzos; maté de un soplo la llama de la vela lacrimosa, y seguí despierto, más despierto que nunca en la obscuridad. Desde afuera, la soledad del campo me acompaña. Es un grande y único silencio, compuesto de muchos y pequeños rumores. Son las mil y una vocecitas secretas de la sombra. Cantan, charlan, lloran, ríen, gritan con palabras de leyenda bequeriana. Se prestan a decir, a expresar lo que escudriña y halla, en la sima de su insomnio, la meditación. Unos perros aullan y ladran intermitentemente, a distancia.

Y así, poco a poco, la balada del viento, como en el cuentecillo de Andersen, (1) me narró la historia, mi propia historia, la historia de los míos.....

No éramos muchos..... ¿Más de quince? ¿Menos de veinte? Por ahí. Pepe Bustillos, Fernán Grana, Enri-

(1) Hans Christian Andersen [1805-1875]; poeta y novelista dinamarqués, autor de bellísimos cuentos que próximamente publicaremos. -(Todas las notas han sido puestas por los directores.)

que Santibáñez, Antonio de la Peña y Reyes, Ezequiel Chávez, Pepe Rivera, Alberto Michel, Luis González Obregón, Balbino Dávalos, Torres Quintero, y luego Carlos López..... Y las figuras y los nombres de estos imberbes, juegan suertes de baraja en mi memoria. Ahí está MICROS. Cuerpecito endeble, raquíto, minúsculo; cabeza proporcionada al cuerpo; rostro fino, de frente amplia y nítida, nariz delgada y aguda, boca de labios angostos y semiabiertos de continuo, por una sonrisa de leve ironía. Y esa ironía, más sutil, más leve, chispeante y casi agresiva, relucía en los ojos vivaces, luminosos, de un negro bruñido, con inesperadas fulguraciones de acero; ojos de maliciosa inteligencia, siempre en acecho, reveladores de una incesante actividad mental. Los caricaturistas que suelen encontrar relaciones fisonómicas y cognaciones de gesticulación entre hombres y animales, representan a MICROS en forma de ratón. Alargándole la nariz, contrayéndole la boca, retocando extravagantemente las líneas de la cara, verificaban la ridícula metamorfosis. Un hallazgo, una *trouvaille*. Sí, viveza de ratón mostraba MICROS en sus ademanes, minuciosos y rápidos, en sus gestos movibles, y sobre todo, en sus miradas indagadoras y brillantes.

Todos estos mozalvetes se agrupaban al derredor del maestro Altamirano. Este hombre sabio y generoso los empollaba, les ensayaba los primeros vuelos; se entretenía en abrir las alas de estos pajarillos implumes que comenzaban a dar los primeros *píos* literarios.

El MAESTRO era experto, y había lanzado ya fuera del nido a dos generaciones de aves literarias.

Y en MICROS vió Altamirano un extraordinario caso de poeta observador, de analista imaginativo. He aquí —exclamó en público— un elemento de selección para la obra magna de la literatura nacional. El maestro no se equivocó. MICROS fué uno de sus predilectos: lo educó, lo mimó, lo estimuló, lo lanzó.

¡Pobre MICROSITO! Bueno como el pan, aorable como un cura de aldea, risueño como un colegial alegre, lo miro atravesar por mi vida, derramando salud espiritual, ingenio y gracia.

En las sesiones del LICEO, en la casa de las Peña, (resonante de ecos gloriosos de poesía y de ayes de trágicos dolores); en la calle, en la redacción de «El Nacional», vuelvo a mirarle chiquitín, dulce, epigramático y candoroso. Era un niño zumbón. Gustaba de travesear con los chistes. La burla sana, espiritual, ingenua, la burla, que no traspasaba la epidermis, la burla, quebradizo dardo de cristal que al menor obstáculo se rompe, esa era su manía. La tomaba como una gimnasia del entendimiento.

Y hacía prodigiosos juegos malavares con vocablos de doble sentido, retrúcanos, *quid-proquos* y sutilezas.

Tenía el don del conversador. Era impagable en un corro de camaradas, en un rueda de señoritas, en un pique de sobremesa. Sabía aderezar con nimiedades y pormenores de miniaturista un chascarrillo y una anécdota corrientes.

Y este dicharachero regocijado, era, a la vez, un muchacho serio, formal, ilustrado, lector perpetuo, estudiante infatigable, huroneador de libros viejos y nuevos, y asiduo concurrente a bibliotecas y librerías. La burlomanía tenía su reverso en la bibliomanía. (1)

¡Pobre MICROSITO! Su existencia es un modelo de orden; una existencia clara, limpia, de hombre honrado que sabe tener en calma el espíritu, porque sabe también tener la abnegación del deber. Su aspiración era el método. No cometió jamás locuras ni calaveradas como nosotros. El siguió por la senda recta de una admirable burguesía. Las tempestades de su corazón se estrellaron en los diques de su carácter. Le veo salir

(1) Pasión por los libros.

como hace doce años de la puerta de Palacio. Va con Federico Gamboa, con Antonio de la Peña y conmigo. Habla con nosotros en un exaltado desorden, casi siempre de lo mismo: de arte, de literatura, de música, de un cuadro, de una página recién leída, de un artículo. Nos deja en el umbral de la Cervecería donde Gamboa, Peñita y yo refrescamos, con un *bock* espumoso, nuestros fastidios de empleados inferiores que se han pasado siete horas del día sobre los empolvados pupitres de una oficina, y se va. ¿A dónde va MICROS? A donde siempre, a casa, a cuidar de sus hermanos porque, desde que quedó huérfana la familia, él es el padre; a estudiar, a escribir, a pasar la velada frente a la lumbrera del cariño fraternal.

Le veo en nuestras fiestas juveniles, pulcro, juicio-so, correcto. Todo su entusiasmo se prodigaba en locuacidad. Era un magnífico improvisador. Su oratoria era frágil pero deliciosa como una chuchería. Si él tomaba la palabra era para decir cosas profundas envueltas en elegantes gracejos. Sus salidas eran como los golpes de las comedias de magia; oportunas e inesperadas. Subrayaba con las entonaciones exquisitas de su voz timbrada en el alto registro, esos *impromptus* (1) de raro y pintoresco humorismo.

Le veo en el taller de Chucho Contreras o en el salón de Jesús Valenzuela, clavando su picuda nariz en algún curioso *bibelot*, o en la casa de Raúl Mille, arrastrando los cristales de sus anteojos de miope por las portadas de los tomos flamantes, o en la redacción de «El Nacional» hojeando la prensa extranjera, o en los corredores de la Escuela Preparatoria, revisando, con paciencia de sacerdote, el ejercicio de un alumno de Lengua Nacional. Por todas partes le veo ocupado, laborioso, infatigable, risueño y feliz.

(1) Destellos, improvisaciones.

¡Pobre Microsito! El creyó como Darío que «la virtud está en ser sereno y fuerte». Nunca tuvo un desfallecimiento; nunca salió de sus labios una palabra de amargura o despecho en contra de sus malquerientes o envidiosos. Su protesta se deshacía en sátiras infantiles. Su rencor, si lo tuvo, estallaba en flores de ingenio. El sí que conoció a los envidiosos, pero no la envidia; él sí que inclinó siempre su juicio del lado de la clemencia, cuando no pudo elevarlo hasta la altura de la alabanza y del encomio.

Imposible me será aquí hacer una crítica de la obra literaria de MICROS. Necesitaría, ya no recordar sino releer. Creo que Angel de Campo es el primer escritor festivo de nuestros tiempos. La espontaneidad de su verba intencionada, las fórmulas originales de que se valió para reproducir la vida, la potencia plástica de sus descripciones que eran evocadoras y sugestivas como la fascinación de un *fakir*, son únicas en nuestra literatura.

MICROS poseía una facultad retentiva verdaderamente estupenda. Lo que él veía quedaba para siempre grabado en su cerebro como en una placa fotográfica. Y toda la vida, esta vida en que él se agitó, todo este medio por el que paseó sus observaciones, los había visto, los había sentido, los había vivido con extraordinaria intensidad. Por eso su vena era fácil y caudalosa: como que la enriquecía desde lo alto un inagotable torrente de impresiones.

Pero MICROS retocaba sus negativas con mano de artista. Con elementos reales componía él cuadros imaginativos. Porque en su cabeza se adanaban, se mezclaban y confundían la observación y la fantasía, el analizador y el poeta.

No era una reproducción siempre y sin objeto la su-

ya: con frecuencia era, por el contrario, intencionada y simbólica. Dentro de su ligereza epigramática y zumbona había un fustigador de vicios e injusticias sociales. Y aquí, en el moralista, aparece un aspecto peculiar de MICROS, quizás el más distintivo, el más característico, el de la ternura, el de la piedad, el de la misericordia.

Notadlo: notad que, en proporciones iguales, Angel de Campo llevaba en el alma la burla y el sentimentalismo. Y si se me apurara, afirmaríais, que en él predominaba el sentimental. MICROS era un romántico suave, casi femenino, un idealista delicado, un soñador virginal. En sus impresiones de adolescente, en sus primeras aventuras amorosas, narradas con sedena sinceridad, en sus fábulas hechas con encantadora gracia, en sus apólogos en que suele animar, con honda penetración psicológica, las cosas inanimadas, se revela MICROS un poeta amable y tierno, y, como al descuido, como al desgaire, de cuando en cuando, prende entre los arabescos de oro de las risas, el diamante de una lágrima.

Piadoso, sí, para todos los que sufren, los que lloran, los que están tristes; piadoso para todos los señalados en las bienaventuranzas; los hambrientos, los desnudos, los perseguidos.

En los tres libros de MICROS hay derramada una infinita caridad para los débiles. En el último, en «Cartones», se acentúa y prolonga esa nota iniciada en «Ocios y apuntes» y vibra en «Cosas vistas». (1) Hasta a los animales sacrificados por la crueldad humana se extiende esa conmiseración. Un caballo de picador destripado en la plaza de toros; la agonía de un can mísero, en mitad del arroyo; la fatiga de una mula vieja,

(1) Los tres únicos libros que publicó: breves pero valiosos. Su obra está dispersa en los periódicos y revistas de su tiempo.

uncida al carro rechinante, le sugieren conmovedoras historietas, dulces como una caricia.

La vida popular no tenía secretos para este COSTUMBRISTA. Las casas, las calles, los barrios, las gentes revivían bajo su pluma. Es en estas obras un admirable pintor de género. No ve en grande, pero ve en detalle y ve límpidamente. Su dibujo es asombroso; su color brillante y enérgico. Tiene las cualidades de un Meissonier. Su mirada de curioso es microscópica.

¡Lo que él sabe encontrar, y nadie percibe en las cosas más insignificantes: en un muro desconchado, en un árbol viejo, en una pluma que juguetea en los aires, en una cáscara que rueda por el suelo!

Y es asimismo, un psicólogo; contempla el reino interior tanto como el mundo exterior. Allí también es delicado su análisis. Almas de niños y almas de mujeres son su predilección. Gusta de hacer *introspecciones* de enamorados. Su *verismo* y su *naturalismo* siguen en las descripciones espirituales, complicándose de bondadosa indulgencia.

¡Y qué estilo tan flexible el suyo, de ornamentaciones claras, de símiles sugerentes, de imágenes frescas y vivas, de giros gallardos que caracolean en los períodos como briosos corceles hábilmente movidos! En la copia de diálogos, MICROS no tiene rival entre nosotros. Sus modismos, sus interrupciones, sus reticencias, sus malicias, conservan una fidelidad pámposa. Ha recogido como un fonógrafo las conversaciones de su país, y no sólo la manera de hablar, sino la manera de sentir y de pensar del rancharo, del indio, de nuestra clase media de nuestro pueblo bajo.

Día llegará, en un futuro no remoto, en que se consulte a MICROS para saber cómo se existía en esta buena México, y hasta dónde habíamos llegado en hábitos, en pensamiento y en léxico, de igual modo que hoy se consulta a Fernández de Lizardi, y se lee a Guillermo

Prieto para reconocernos en las chochees de nuestros ancestrales. (1) Nuestra personalidad entera, lo que conservamos de característico y peculiar, está en MICROS: en sus cuentos, en sus novelas, en sus artículos, en sus «Semanas alegres.»

Es preciso coleccionar esa fecunda labor del gran humorista. Yo la conozco, la ví hacer; es labor violenta, ejecutada en la mesa de las redacciones; labor de periodista, en su mayor parte. Sin embargo, es digna, como pocas, de figurar y perdurar en el libro. Y....

Me detengo. Oculta en el cercano matorral, con temeridad, con monotonía una paloma, zurea....

LUIS G. URBINA.

(1) Antepasados.

EL CHATO BARRIOS

EL salón de nuestra escuela estaba inconocible, salón de escuela de barrio que, gracias a muebles alquilados, había perdido su aspecto lamentable de otras veces. El heno y las ramas de ciprés, colocadas profusamente a lo largo de las manchadas paredes; banderas tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas, servían de altar a grandes retratos de Hidalgo, Juárez y otros héroes, amén del Corazón de Jesús iluminado, inmediatamente arriba de una esfera terrestre cubierta de crespón.

Barrido el piso de ladrillos y en vez de bancas, triple hilera de sillas austriacas que, arrancando de la mesa, cubierta por un tápalo chino, terminaba junto a la puerta de la Dirección.

Era el día de premios, ese gran día para la infancia de aquellos rumbos, luminoso día para los padres de familia y de constante preocupación para el Sr. Quiroz (q. e. p. d.) y su ayudante, el paupérrimo cuanto simpático Borbolla.

Recuerdo que dos días duraba la compostura del salón, en la cual tomaban parte activa unos vecinos, la criada y aquellos alumnos que se distinguían por su juicio y mayor edad.

Las economías del año se empleaban en comprar libros baratos y en imprimir los diplomas cuya idea —una matrona rodeada de chicuelos que cargaban escolares atributos— pertenecía a Borbolla.

Libros y diplomas, atados con listones de color, se hacinaban en la mesa, a los lados de un tintero de porcelana; dos candelabros con velas jamás encendidas y amarillentas ya, y un par de bustos de yeso, representando a Minerva el uno y a Minerva también el otro.

Se alquilaba un piano y en él lucía sus anuales adelantos la Srita. Peredo, tanto en el piano como en el canto. Era el factótum, y desempeñaba todo lo concerniente a la parte musical, inclusive el acompañamiento de las fantasías que sobre viejas óperas ejecutaba un antiguo tocador de flauta, Bibiano Armenta.

Hémos aquí desde las siete de la mañana, muy lavados, con traje nuevo los unos, cepillado y remendado los otros, sin adormo alguno los más. Pobres niños de barrio, hijos de porteros, artesanos y gente arrancada, que no podían hacer más gasto que el de medio real: cuartilla para pomada y cuartilla para betún. ¿Pero el traje, qué importaba? Todos éramos felices, y sin parpadear, colgándonos los pies, nos sentábamos en las altas bancas, con los

brazos cruzados, contemplando un sillón, miembro de no sé qué ajuar de reps verde, en el que debía de tomar asiento, frente a la mesa, un eclesiástico, me parece que canónigo o cura de la parroquia, que siempre presidía el acto y era el gran personaje.

Llegaban las familias sin que nadie se moviese: señoras de enaguas ruidosas y rebozo nuevo, papás de fieltro o sombrero ancho con ruidosos zapatos y que cruzaban sobre la barriga las manos o se acariciaban las rodillas; niñas de profusos rizos y vestidos de lana. . . . Las personas distinguidas eran invitadas por el Sr. Quiroz para tomar asiento en la primera fila, en la que, vestida de blanco, con zapatos bajos, listones tricolores y pelo espolvoreado con partículas de oro o hilos de escarcha, estaba ya la Srita Peredo, muy tiesa y empuñando el enorme rollo de piezas de música.

Sordo y elocuente murmullo se levantaba del salón, cuando se presentaba en escena la familia de Isidorito Cañas; el Sr. Quiroz bajaba las escaleras, Borbolla se apoderaba de una de las niñas, los hombres se ponían en pie y las mujeres miraban con respeto casi, a la familia que vestía de seda, usaba costosos sombreros, claros guantes y deslumbantes abanicos.

Isidorito separábase de la familia para ocupar su puesto en la banca, y todos lo mirábamos de hito en hito; cada año estrenaba traje y cada año se sacaba el premio y cada año se lo disputaba ¡oh coincidencia! el chato Barrios, hijo del carbonero de la

esquina, el más feo y desarrapado alumno de la escuela.

En nuestros corazones de rapazuelos de cinco años, influía la elegancia en sumo grado, y veíamos a Isidorito, no como a un simple condiscípulo, sino como a un sér colocado en más alta esfera. Su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, el cinturón de charol brillante con hebilla de metal, las medias restiradas a rayas azules, las botitas hasta media pierna, el pelo rizado *ad hoc* y los diminutos guantes, hacían de él un héroe de la fiesta... Con razón parecíamos los demás un atajo de indios, mal vestidos, mal peinados y con una actitud de gentes sin educación.

El señor Quiroz le hacía un cariño y daba conversación a la familia en actitud de hombre juicioso, cruzando los dedos, dando vueltas al pulgar, semi-inclinado y con leve sonrisa que entreabría sus labios. Borbolla, incomodado por el estrecho jaquet y la corbata refractaria a guardar el sitio con veniente, abría el piano, sacudía las teclas, y al sonar un *mi bemol* por casualidad, reinaba el silencio; veía el eclesiástico el reloj y *tín*, sonaba el timbre, oíase ruido de sillas y bancas, cruzábamos los brazos al sentir la severa mirada de Borbolla, que con el mayor disimulo apretaba los labios, y con los ojos parecía decirnos: compostura, señores.

Poníase en pie el señor Quiroz y leía la memoria que terminaba siempre con estas frases: «Réstame sólo, respetable público, daros las gracias por la

asistencia a esta solemnidad, y en particular a aquellas personas (la niña Peredo y el flautista Armenta) que han contribuido con susaltas dotes a la solemnidad del acto. He dicho.»

Mirábamos a Borbolla para ver si era tiempo de aplaudir, y aplaudíamos con rabia lanzando un *iviva!* al señor Quiroz, que respondíamos nosotros mismos.

Stella confidente, leía el eclesiástico en un papel pequeño, y la niña Peredo, con voz trémula que parecía arrancada por nervioso dolor, gorgoreaba la fantasía. Tornábamos a ver a Borbolla y aplaudíamos lanzando el *iviva* la señorita Peredo! que se nos habían enseñado.

«Fábula en francés por el niño Isidoro Cañas». —Nuestro director palidecía, Borbolla dejaba que se pronunciara la corbata y la familia de Isidorito se conmovía; avanzaba el muchachillo, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba:

Maitre corbó sur un abre perché... tenet á son bec, in fromage. Cada palabra acompañábala con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del saco, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos; abría la boca el eclesiástico, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbolla, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡Viva el niño Cañas!

Desde ese momento Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio... y envidiábamos a Isidorito.

Mención honorífica, leía Borbolla con voz clara, al alumno Rito Barrios, y ofase en las bancas estudiantiles un rumor: «ándale, chato, chato Barrios, a tí te toca»; pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que Quiroz, con voz amable, le dijera:

—Señor Barrios, acérquese usted...

Y un muchacho descalzo, de blusa hecha girones, mordiéndose un dedo, arrastrando el sombrero de petate y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón: las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio, y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían, los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud: su madre; y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar, *pegaba* la carrera de la mesa a su asiento.

Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios; inexplicable amargura de cosas aun no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño, ya de Isidorito al Chato y viceversa. Isidorito que vestía bien; Isidorito, que decía una tontería y no le *pegaban*; Isidorito, que estudiaba menos; Isidorito,

que usaba reloj, y el Chato, que llegaba al colegio antes que otro; el Chato, que aprendía la lección en un segundo; el Chato que vivía en una carbonería; el Chato, que iba al colegio de balde: el Chato... que era muy infeliz.

.....

He visto, después de muchos años, aquellos *diplomas*: el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un abogado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, no lo sé, que los premios del Chato iban al Empeño; y ese Chato es un muchacho de traje hecho girones, que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer.... Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida del que no posee más que un libro y un mendrugo; lucha por elevarse del cieno en que vive, perseguido por esa amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza; pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre, de esa humillación continua, de esa plebe infeliz y pisoteada surgen las testas coronadas de los sabios que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

EL PINTO

HILINDRINA era una perrita poblana, gordita, muy lavada, muy blanca, con su listón azul al cuello, siempre dormitando en las faldas de Doña Felicia, su ama, que era dueña de un estancuillo y había concentrado en ella todo su amor de vieja solterona. Cuidaba del buen nombre del animal como las madres cuidan de la inocencia de sus hijos, y casi murió de dolor cuando supo la terrible noticia. Chilindrina, la doncella sin mancha, había tenido amores con el Capitán, *escuintle* horroroso de un zapatero vecino: frutos de estos amores fueron la Diana, el Turco y el Pinto, en quien voy a ocuparme.

Era un perro de pueblo, enteramente flaco, de orejas derechas y agudas, ojo vivaz, hocico puntiagudo, grandes pelos lacios y cerdosos, patas delgadas y cola pendiente; era de esa clase de perros de raza indígena, que tienen semejanza con los lobos, de un color amarillo sucio manchado de negro, lo que le había valido su nombre de Pinto.

Su historia puede encerrarse en estos capítulos: el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia.

Muy pocos días duró bajo el brasero en el cajón de vino, lleno de trapos manchados de petróleo que le sirvió de cuna. Aun no abría bien los ojos, que tenían esa opacidad azulosa de los recién nacidos, aun su paso era débil, cuando lo regalaron a la primera que lo pidió, y fué Doña Petra, portera del 6 de Mesones, señora fea, que no teniendo quien la amara, amaba a los animales. Un gato se le había desertado, y para mitigar la ausencia iba a sustituirlo con un consentido más fiel, el Pinto. Con calma maternal daba las migas de pan en leche al tierno niño, lo acostaba en un rincón envuelto en trozos de alfombra, lo arrullaba en el regazo y en horas de quehacer lo exponía al sol tibio de la mañana; ahí reposaba el Pinto cazando moscas al vuelo, dando paseos cortos, oliendo las junturas del embaldosado y acostándose de nuevo, previas las vueltas de ordenanza.

Creció, y comía entonces las *sobras* que daba a su ama una familia de la vivienda principal. Su vida era sedentaria; se reducía a vegetar y no salía del zaguán de la casa, porque sentía un temor invencible por los transeuntes, los coches y los perros más grandes que él. Cuando la ama salía, lo dejaba encerrado, y más de una vez se oyeron tras la puerta aullidos lastimeros a los que respondían frases coléricas de los vecinos nerviosos.

Vivían arriba dos niños que al irse al colegio le arrojaban un pedazo de pan, y al volver le hacían un cariño diciéndole con voz muy dulce: Pintito, toma, y tronándole los dedos lo llamaban en dirección de la escalera. Él los hubiera seguido, pero le inspiraba serios temores aquella ascensión peligrosa, y, sobre todo, la opinión de su ama. Un día se decidió a subir; los Angulo le colmaron de carinos, lo hicieron corretear por el corredor, enseñándole y escondiéndole un pañuelo que desgarraba a mordiscos y les hacía exclamar con infinito placer: ¡Sabe jugar al toro! Ya eran amigos: ya el pobre Pinto seguía a la criada hasta el colegio, y con disimulo señalaba su huella en todas las esquinas para reconocer el camino. Aparecían los Angulito y corría con esa vivacidad infantil propia de una gran emoción.

Todo lo sufría el buen amigo: que lo ensillaran, lo vistieran de muñeco, lo hicieran tirar de un carrito de palo lleno de ladrillos, lo forzaran a saltar por el mango de una escoba, o hacer de toro y hasta de verdugo, cuando alguna rata infeliz salía de un agujero por sus negras desdichas. Sin embargo ¡qué de temores en aquellas visitas! ¡Qué odio debía tenerle aquella señora descolorida que lo veía con ojos tan malos y lo hacía despejar el corredor!

Una ocasión los niños no lo llamaron como otras veces y él subió. La criada lo esperaba tras de la puerta y lo llamaba, icosa rara! con voz dul-

ce. Acudió, y entonces lo suspendió por el aire tomándolo por el pescuezo; lo llevó a un rincón del corredor, le restregó el hocico contra un ladrillo sucio y le pegó de escobazos. En vano aulló, en vano decía con los ojos ¡yo no he sido! La fuerte mocetona le pegó duro, y los niños lo veían con inmensa compasión tras los vidrios.....

¡Pobre Pinto! su ama lo abandonó. Días enteros se pasó en las calles oliendo todos los rincones y en busca de ella. Aulló a la puerta de la antigua portería hasta que una vecina se compadeció de él; era mujer de cascotes ligeros que tenía amores con un albañil. Hacían tres viajes diarios hasta la Alameda para que comiera en una banca el señor aquel lleno de cal. Gravemente sentado esperaba que le echaran su piltrafa de carne: como perro bien educado, ni parpadeaba.

Después el amor de su nueva ama pasó a un soldado, y supo lo que era la vida de cuartel. Comió el vil rancho, tuvo amistad con gentes malignas, pero sucedió lo que tenía que suceder: el regimiento salió y de nuevo le abandonaron.....

¿Qué comer? Si se detenía a la puerta de una fonda, le aventaban unas tenazas; si iba a una carnicería, lo pateaban; si encontraba un hueso, se lo arrancaba otro can famélico más fuerte que él. En aquellos días se apiadó de él un viejo de barba blanca y sucia, pantalones rotos y zapatos llenos de agujeros: era un mendigo que se fingía el ciego.....

Todo el día se pasaban a la puerta de las iglesias donde había función o jubileo. El amo apoyado en el grasiento bastón en forma de báculo, y él amarrado del cuello con un mecate lleno de punzantes hilos. Comió las tortillas heladas y los mendrugos de pan frío de la miseria; sufrió los palos de más de un sacristán, y tenía también en aquella época un aire de mendicidad, la cabeza gacha, los ojos tristes, el rabo entre las piernas y la apariencia de un esqueleto.....

Estaba predestinado para el martirio. Su amo, el falso ciego, robó una vez y lo condujeron a la inspección. ¡Terrible noche al aire libre! La pasó en la puerta de la comisaría y nunca olvidó la escena del día siguiente: el rostro demacrado del amo, que acompañado por muchos pillos, con un jarrito colgando a la espalda, entre dos hileras de gendarmes fué conducido a Belén. Quiso entrar, pero no tuvo ni una mirada de despedida de su amo, y sí un culatazo de un centinela.

¿Qué hacer? Caminar al acaso. Anduvo calles y más calles, fatigado, sudoroso, sediento, y lo recibían en los barrios con ladridos de amenaza.

El hambre lo postraba; ni una fonda, ni una carnicería, inada! El aislamiento, el verano de calores quemantes, la repulsión en todas partes; buscaba la sombra en el hueco de un zaguán, y crueles porteros lo espantaban; seguía a alguien, y aquel alguien al entrar a su casa, dando una patada en el suelo, le cerraba las puertas en los ho-

cicos. ¡Pobre Pinto! Dos veces intentó olvidar con el amor sus desdichas, pero las dos fué desgraciado. Ya casi había conquistado a una desconocida, cuando un señor alto, moralista tal vez, lo espantó pegándole un bastonazo; lo iba a machucar un tren, y perdió a la dama. Su segunda tentativa fué tan desgraciada como la primera: un terranova, abusando de la fuerza, le arrebató a la que tanto había soñado. ¡Pobre Pinto!

Llegaron aquellas noches interminables de vagancia, aquel husmear continuo en todos los rincones, a la puerta de las accesorias esperando que arrojaran al caño el agua sucia de la cena, para pescar un hueso y huir con él donde nadie lo disputara; rebuscar en los montones de basura; seguir a los ebrios para..... ¡Qué fúnebres rondas hacía con otros compañeros de desgracia! Se olfateaban los unos a los otros para saludarse, se mordían, ladraban, y un vecino les arrojaba agua desde un balcón: dormían hechos rosca en el dintel de una puerta.

Eran noches de pesadillas terribles. Pinto soñaba estar en una azotea con la cazuela de sobras repleta; subía la Diana, le hablaba de amores, junto al tinaco le decía: eres mi vida, y ipaf!... Un señor que entraba a deshoras a su casa lo despertaba con un puntapié. Aquello no era vida, los carretones de basura no traían ni un solo hueso que roer, y cuando lo había, la fuerza bruta se lo arrancaba de los dientes.

Evocaba aquel pasado siempre adverso: ¿Para qué había nacido? Sin creencias, sin paraíso, sin palabra siquiera para pedir un mendrugo! Y cazaba moscas al vuelo o saciaba su sed en los charcos.....

Una mañana lo llamó un señor y le arrojó un pedazo de carne. ¡Al fin! Sí, sí; había indudablemente un espíritu protector de los hambrientos; sintió una embriaguez de placer al aspirar el aroma tibio de aquella pulpa, ¡y era fresca! y la comió con glotonería..... Un fuego devorador circulaba por sus venas; parecía que desgarraban sus entrañas; sus miembros se estremecían en dolorosas convulsiones; tambaleaba como un ebrio, y, por fin, se desplomó. ¡Lo habían envenenado!

¡Qué cuadro! Yacía en el lodazal. Todo fué crueldad en aquellos momentos. Un carro al pasar le trituró una pata; había un círculo de curiosos; criadas que volvían de la compra; mandaderos con la canasta en la mano y que se entretenían en picarlo para provocarle largos estremecimientos convulsivos. La cabeza caída, los ojos inyectados fuera de las órbitas; los blancos colmillos descubiertos: la lengua de fuera; el hocico abierto y babeante; la respiración de un sofocado, y las patas agitándose en nervioso desorden. ¡Y aun en su agonía lo azuzaban y se refan de sus contracciones de epiléptico..... Ni una queja, ni un ladrido..... Los niños Angulo pasaron y

se detuvieron; sus ojos infantiles lo vieron con gran tristeza y les oyó murmurar:

—Pobrecito; y se parece al Pinto.

Era el Pinto: ¡qué flaco estaría para ser inconfundible! Después de un último sacudimiento quedó inmóvil!

El carro de la limpia fué su ataúd y el muladar su cementerio. Ahí, sobre montones de ceniza, cascarrones de huevo, zapatos rotos, harapos y momias de gato, fué arrojado junto a un casco de botella; quizá lo hubieran devorado los mismos que lo acompañaron a su última morada, si no hubiera habido otro entierro, el de un caballo que llegó en un carretón con una bandera blanca y escoltado por canes hambrientos que hicieron de sus despojos una atroz carnicería.....

Lamiéndose los bigotes dijo uno de los comensales:—«He ahí al Pinto, ciudadano honrado, de origen noble, fiel, trabajador, digno de un cojín de viuda o de una azotea de ranchería, convertido en cadáver ¡y envenenado!... Pero ¡esta es la vida!» Y se alejó al trote por el potrero, donde ya las sombras se extendían; el crepúsculo daba un fulgor sangriento a aquel cuadro y perfilaba en el horizonte las siluetas macabras de esas limosneras que remueven las basuras para encontrar *hilaohas*..... La sombra tendió sus alas de buho

en aquel cementerio de cosas viejas y animales muertos! Cementerio sin epitafios.

¡Cuántos en la plebe son como el Pinto!

¡Cuántos desdichados hay que con forma humana no son sino perros que hablan y que visten pantalones!

EL PUNTERO Y EL SOLDADO

MANDABA la columna un gigantón de barro que no podía presentar al público más que el frente, pues el buen ciudadano, hecho al molde, tenía las espaldas completamente lisas; los colores, limitaban los miembros del hijo de Marte, y un popote fungía de fusil: era un soldado de a centavo; seguía la infantería, esa sí que era buena, de puro plomo y procedente de los cuarteles de una dulcería francesa, así como una batería de montaña, unos veinte de a caballo y tres árboles de frondas muy verdes y muy recortadas; cerraban la marcha fuerzas del país, las que se venden al menudeo en los estanquillos, pintados al barniz los jinetes, y en cuanto a los caballos, desnudo el metal de toda pincelada. Un cañón de resorte y un fusil del mismo sistema completaban los aparatos de guerra, y esto sin hablar de un héroe desconocido, un zuavo de amplios pantalones rojos, casquete borlado y polainas; el barbudo adalid, rodilla en tierra, presentaba la bayoneta: era